

LA LLAMADA DEL HONOR

Antonio Medrano

Extraído de la obra “La Senda del Honor”

www.antonimedrano.net

En la *Bhagavad-Gita*, la “Canción del Señor”, una de las joyas de la sabiduría oriental que han llegado hasta nosotros intacta a pesar del paso de los siglos y sin lugar a dudas uno de los libros sagrados más importantes que se hayan escrito a lo largo de la historia de la humanidad, hay una escena sumamente elocuente, además de vibrante y sobrecogedora por su grandeza. Escena cargada de significación simbólica, que nos prepara para la sublime doctrina que se nos va a transmitir en los capítulos sucesivos de dicha obra.

Es el momento en el que el dios Krishna inicia su diálogo con Arjuna, noble guerrero ario, y se dirige a él para animarle a lanzarse al combate que trata de eludir, incumpliendo así los deberes de su casta *kshatriya*. Este pasaje de la *Bhagavad-Gita* es un grandioso canto al deber y al honor, los cuales nos presenta estrechamente unidos, como si fueran el haz y el envés de un misma hoja.

Está a punto de comenzar una gran batalla en la llanura de Kurukshetra, en la cual se van a enfrentar varios clanes rivales. Arjuna lleva las riendas de su carro de combate, tirado por tres briosos caballos blancos. Krishna está en pie a su lado, como testigo impertérrito de lo que sucede y como verdadero conductor de la acción, como su guía y líder espiritual. Arjuna es quien actúa, quien ha de combatir; Krishna es la Voz divina que le inspira, la voz de la conciencia o la voz de la verdad.

Al ver los ejércitos formados para el combate, Arjuna vacila y piensa que no merece la pena entablar esa lucha que tendrá fatales consecuencias. Pero nuestro héroe, bravo guerrero ario, se niega a combatir, no por cobardía, sino por nobleza. No puede soportar la idea de tener que poner fin a la vida de tantos nobles guerreros como tiene ante sí, muchos de ellos incluso amigos suyos. Y siente que le abandonan las fuerzas y que desaparecen por completo sus ganas de pelear. Por ello siente un irresistible impulso a renunciar al combate.

Pero viendo el desfallecimiento y la angustia de Arjuna, Krishna le amonesta con las siguientes palabras: “Considerando tu deber, no titubees ni te apartes de él, pues no hay nada mejor para un guerrero (*kshatriya*) que una noble batalla librada por deber”. Tras explicarle que el deber es “una puerta abierta a los Cielos”, le deja bien claro cuáles son las consecuencias del incumplimiento de su deber de combatir: “Si rehusas luchar en esta guerra justa, habrás traicionado tu deber y perdido tu honor, incurriendo en pecado”. Hablando siempre como conciencia de Arjuna, Krishna le recuerda a éste de forma contundente que “para un hombre noble la deshonra es peor que la muerte”. [1]

Este es, pues, el mensaje inicial que Krishna lanza al gran guerrero de la noble familia de los Pandava, tras lo cual vendrá su enseñanza espiritual más elevada y profunda: el cumplimiento del deber es una cuestión de honor. El honor (*kirtim*) se contrapone aquí a la vergüenza y el deshonor (*akirtim*), yendo asociado a la rectitud y la bondad, mientras que la deshonra aparece ligada a la culpa y el pecado. Descuidar o traicionar el propio deber significa, según la enseñanza de Krishna, pecar de manera grave, lo cual hace recaer la desgracia y la deshonra sobre quien tal felonía comete. No hay peor mal para el ser humano que abandonar su propio *dharma*, su *svadharma*, esto es, la ley de su propio ser, aquella que le marca su función en el orden cósmico; pues esto supone desoír la voz de Dios y traicionarse a sí mismo.

Comentando este pasaje de la *Bhagavad-Gita*, obra en la que al decir de Hermann Lommel se contiene una de las más puras exposiciones de “la ética de la caballería” de los antiguos arios conquistadores de la India, Swami Chinmayananda observa que quien se niega a cumplir su deber, renuncia a su honor y a su llamada vocacional, lo cual le impide seguir la línea de vida que le imponen su destino, su carácter íntimo y su vocación personal (*his personal-call-of-character*). Dejándose vencer por la cobardía, la pereza,

el sentimentalismo o alguna otra pasión oscura, encontrará cerrado el camino hacia su propia superación y realización. “No hacer frente a este ejército de fuerzas no-arias [o anti-arias, *un-Aryan forces*] resulta tan pecaminoso como dar muerte a quienes no merecen semejante castigo”.^[2]

Es menester aclarar que la escena tiene una honda significación espiritual, pues todo el contexto en que se desarrolla y los elementos que en ella intervienen tienen un sentido simbólico que hace que el cuadro presentado en el citado pasaje de la *Bhagavad-Gita* resulte sumamente aleccionador, con un mensaje dirigido directamente a cada uno de nosotros. Así, por ejemplo, expresiones como “guerrero” o “campo de batalla” son susceptibles de una interpretación analógica aplicable a la vida cotidiana de cualquier ser humano: todos somos guerreros que hemos de luchar contra las fuerzas del mal y de la oscuridad para dar sentido a nuestra existencia y llegar a ser lo que tenemos que ser, y el campo de batalla en el que se libra ese decisivo combate no es otro que nuestro mismo ser, nuestra propia vida.

Tras indicar que la doctrina expuesta por Krishna nos habla de la importancia capital que tiene el cumplimiento del deber, pues es “el medio para realizar el propósito de la vida”, Swami Rama explica que el pecado a que se refiere Krishna ha de entenderse en el sentido de “una conducta que crea obstáculos para uno mismo”, con lo cual hace surgir dentro del alma una serie de conflictos que laminan la fuerza interior del sujeto, impidiéndole así cumplir el propósito de su vida, lo cual le acarreará frustración y deshonor. “Quienes incumplen sus deberes no consiguen nada y no son respetados por la sociedad. Son mal ejemplo para los demás, ocasionando con ello la desorganización de la sociedad”. Arjuna debería atenerse al deber del *kshatriya* o guerrero, que es “luchar por la justicia y la verdad y proteger a los demás de cualquier daño o injuria”. Ningún pretexto es válido para evadirse de tal deber.^[3]

Tras esta exhortación inicial, Krishna irá desarrollando, en su extensa y trascendente conversación con Arjuna, su sublime doctrina espiritual, ética, teológica, mística, cosmológica y metafísica. Parece como si la palabra y el concepto del honor sirvieran para abrir el camino que conduce a las altas cumbres de la realización integral del ser humano y como si el enarbolar la bandera del honor fuera una preparación para las más altas empresas del espíritu.

Jakob Wilhelm Hauer, ilustre indólogo e historiador de las religiones, sobre quien la mencionada obra hindú ejerció siempre una especial fascinación y a la cual dedicó amplios y documentados estudios a lo largo de su vida, muestra cómo la doctrina formulada por Krishna se corresponde con la antigua concepción indoeuropea que ve en el deber y el honor “los dos pilares de toda auténtica humanidad”. Es la misma concepción que puede encontrarse en otros pueblos indoeuropeos, como los germanos, los latinos, los celtas o los helenos. Para la visión indoeuropea, acota Hauer, “lo que no concuerda con el deber y el honor lleva al hombre a la perdición”.^[4] En otra de sus obras sobre tema religioso, el mismo Hauer, hombre de honda vocación mística y filosófica que fuera misionero en la India, nos dice que el deber y el honor (*Pflicht und Ehre*) son los dos *Grundbegriffe* o conceptos fundamentales para la visión germánica de la vida, para su moral y su actitud vital, en una línea de continuidad que se extiende desde los Eddas y las sagas nórdicas hasta el pensamiento de figuras históricas como Kant, Fichte, Bismarck o Federico el Grande de Prusia. En esas dos palabras se resume lo que al hombre germánico le dicta su conciencia, su *Gewissen*, que, como la misma palabra indica, “es un saber (*ein Wissen*) en la hondura del alma y una certeza (*eine Gewissheit*) en el corazón fuerte acerca de lo que debe y no debe ser”.^[5]

Ideas que encontrarían, con toda seguridad, cálida aceptación en aquel hombre de honor que fue Miguel de Cervantes. Para “el manco de Lepanto”, heroico soldado con un hondo sentido del deber, de ánimo noble y caballeresco, que asoció siempre a su vida los conceptos de honestidad y honra, es el honor la más preciada joya que pueda poseer el ser humano: “no tiene la tierra bien alguno que se le iguale”. Cervantes, expresando una convicción hondamente arraigada en el alma del pueblo español, no vacila en declarar que “por la honra se puede y debe aventurar la vida”, pues la persona que ha perdido su honor no se puede decir que viva realmente, carece de auténtica vida: “el hombre sin honor, peor es que un muerto”.^[6]

Sin alejarnos de España, también en Juan López de Vivero, consejero de Isabel la Católica, encontramos una exposición teórica sobre el heroísmo y el honor que concuerda con las ideas

esbozadas en el citado párrafo de la *Bhagavad-Gita*. El leal colaborador de la Reina Isabel, que firmaba sus obras con el seudónimo de Doctor Palacios Rubios, trazando el perfil del hombre heroico y esforzado, dice que merecen el calificativo de “esforzados” todos “aquellos que por sola virtud y por hacer lo que debían se pusieron en los peligros en las cosas grandes, difíciles y peligrosas”; o, como añade más adelante, los que “osan acometer, recabar y sostener las cosas terribles y peligrosas por la sola virtud y honestidad por ganar y retener honra y gloria”. A los que así actúan se les debe dar “mucha honra y gloria”, reservándoles “un lugar muy honrado en la torre de la fortaleza o esfuerzo”.

[7]

Estos son, pues, los conceptos con los que, por lo pronto, y en dos puntos tan alejados en el tiempo y en el espacio como la India aria y la España del Renacimiento, se nos presenta asociada la idea del honor: nobleza, deber, esfuerzo heroico. Tratemos de profundizar algo más en este tema.

1 *Bhagavad-Gita*, II, 31-34.

[2] Swami Chinmayananda, *The Holy Geeta*, Bombay, 1976, pp. 89 s.

[3] Swami Rama, *Perennial psychology of the Bhagavad Gita*, Honesdale, Pennsylvania, 1985, pp. 70-73.

[4] J. W. Hauer, *Glaubensgeschichte der Indogermanen*, Stuttgart, 1937, Vol. I, p. 131.

[5] J. W. Hauer, *Deutsche Gottschau*, Stuttgart, 1934, pp. 114 ss.

[6] M. de Cervantes, *Don Quijote*, 1ª parte, Cap. XXXIII y 2ª parte, Cap. LVIII; *Persiles y Segismunda*, Libro II, Cap. XXII.

[7] Dr. Palacios Rubios, *Tratado del esfuerzo bélico heroico*, ed. de José Tudela, Madrid, 1941, pp. 99-107.